

«No he sido juvenólogo»: una conversación con Carlos Mario Perea

*Carlos Mario Perea*¹ entrevistado por *Carles Feixa*²

Resumen (analítico): El artículo aborda la trayectoria del historiador colombiano Carlos Mario Perea, centrándose en sus aportaciones a los estudios sobre juventud. A partir de una conversación con Carles Feixa, se reconstruyen las principales etapas de su vida, como joven, militante político e investigador, desde sus recuerdos como estudiante en la Bogotá de los años setentas, hasta su compromiso con el proceso de paz en los últimos años, pasando por su militancia en el M-19, su trabajo en organizaciones de base en Medellín en los años ochentas, su trayectoria académica en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales y sus influyentes estudios sobre pandillas juveniles. El texto concluye con una lúcida crítica sobre los aportes y déficits teóricos de la juvenología latinoamericana y con una emotiva reflexión sobre la relación del juvenólogo —que no se reconoce como tal— con sus propios hijos.

Palabras clave: juventud, Colombia, violencia, paz (Tesauro de Ciencias Sociales de la Unesco).

Palabras clave autores: generación, movimientos juveniles, políticas de juventud, pandillas.

¹ Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Correo electrónico: carlosmarioperea@gmail.com

² Catedrático de Antropología Social en la Universitat Pompeu Fabra (Cataluña, España). Correo electrónico: carles.feixa@upf.edu

«I have not been a youthologist»: A conversation with Carlos Mario Perea

Abstract (analytical): The article addresses the trajectory of the Colombian historian Carlos Mario Perea, focusing on his contributions to youth studies. From a conversation with Carles Feixa, the main stages of his life are reconstructed, as a young man, a political activist and a researcher, from his memories as a student in Bogotá in the 1970s to his commitment to the peace process in recent years, going through his militancy in the M-19, his work in grassroots organizations in Medellín in the 1980s, his academic career at IEPRI and his influential studies on youth gangs. The text concludes with a lucid criticism of the theoretical contributions and deficits of Latin American youthology and with an emotional reflection on the relationship of the youthologist —who is not recognized as such— with his own children.

Keywords: youth, Colombia, violence, peace.

Autors keywords: generation, youth movements, youth policies, gangs.

«Eu não fui juvenologista»: Uma conversa com Carlos Mario Perea

Resumo (analítico): O artigo aborda a trajetória do historiador colombiano Carlos Mario Perea, concentrando-se em suas contribuições aos estudos sobre a juventude. A partir de uma conversa com Carles Feixa, são reconstruídas as principais etapas de sua vida, quando jovem, ativista político e pesquisador, de suas memórias como estudante em Bogotá na década de 1970 até seu compromisso com o processo de paz nos últimos anos, passando por sua militância no M-19, seu trabalho em organizações de base em Medellín na década de 1980, sua carreira acadêmica no IEPRI e seus influentes estudos sobre gangues juvenis. O texto termina com uma crítica lúcida às contribuições e déficits teóricos da juvenologia latino-americana e com uma reflexão emocional sobre a relação do juvenologista —que não é reconhecido como tal— com seus próprios filhos.

Palavras-chave: juventude, Colômbia, violência, paz.

Palavras-chave autores: geração, movimentos juvenis, políticas juvenis, gangues.

Introducción

Conocí a Carlos Mario Perea en 1998 en Ixtapan de la Sal (México), en un encuentro organizado por el Instituto Mexicano de la Juventud para preparar la encuesta nacional a sus jóvenes. En el evento —organizado por José Antonio Pérez-Islas— se encontraba lo mejor de la juvenología latinoamericana. De inmediato congeniamos por nuestros temas de estudio (las bandas juveniles), por nuestra formación como historiadores y por nuestras afinidades teóricas. En ese entonces mi mujer y yo estábamos esperando la asignación de un niño adoptivo nacido en Colombia y las informaciones de Carlos Mario sobre Medellín (donde vivió y trabajó en los ochentas) me fueron de gran utilidad. Al año siguiente viajaría por primera vez a la capital paisa a buscar a nuestro hijo Santiago, nacido precisamente en Rionegro, la ciudad natal de Pablo Escobar. En el viaje tuve la oportunidad de leer la contribución de Carlos Mario al libro *Viviendo a toda* (Perea, 1998), convertido en un referente de los estudios sobre juventud.

Durante la década siguiente estuve al corriente de su trabajo a través de una amiga común, su directora de tesis de doctorado Larissa Lomnitz. Cuando en 2016 me concedieron una importante ayuda europea para investigar las bandas juveniles como agentes de mediación, incluyendo Medellín como uno de los casos de estudio, no dudé en incorporarlo en el *Advisory Board*: nos serían de enorme utilidad sus estudios sobre las causas de la violencia en Colombia (Perea, 1996), su libro sobre las pandillas, *Con el diablo adentro* (Perea, 2007), sus trabajos sobre las maras (Perea, 2015) y su experiencia en procesos de paz —en guerras y en conflictos no bélicos— (Perea, 2016a y 2016b). La entrevista se llevó a cabo en Cuba en marzo de 2018, en el mismo lugar donde Perea participó como experto en los diálogos entre las Farc y el gobierno co-

lombiano: el Palacio de congresos de La Habana, donde ambos participábamos en el Congreso Internacional de Investigadores sobre Juventud.³

El tránsito de una generación

Carles Feixa (C. F.): Carlos Mario, para empezar, ¿puedes presentarte?, ¿quién eres?

Carlos Mario Perea (C. P.): Mi nombre es Carlos Mario Perea Restrepo; nací en Bogotá (Colombia), cuando apenas despuntaba la década de los años 60. Hoy día soy profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, el llamado IEPRI. Estoy ahí hace muchos años y, como se dice por ahí, todo indica que me sacarán de ese establecimiento «con los pies pa'delante».

Varias influencias decisivas impactaron mi época de joven, cincelandando el camino que tomaría a lo largo de la vida. La primera fue el bachillerato con los jesuitas; estudié en el San Bartolomé, un colegio de larga historia en Bogotá, fundado nada menos que a comienzos del siglo XVII (en 1605). Hacia los años setenta —la época en que ingresé al San Bartolomé—, los jesuitas desempeñaban un papel político importante en Latinoamérica; animaban procesos en El Salvador, Ecuador y Brasil, donde hacían parte de las memorables Comunidades Eclesiales de Base. Por aquel entonces era un muchacho de 14 o 15 años. Un sector de izquierda de los jesuitas me influenció desde su labor pedagógica, ya que como parte de su formación como curas dictaban clases en los colegios de la Compañía. En medio de la actividad docente organizaron una experiencia que se llamó *Campamento Misión*. Fuimos convocados estudiantes de quinto de bachillerato junto a un grupo de muchachas de La Presentación, un colegio femenino. A las chicas las dirigía una monja beligerante, muy politizada ella; a nosotros nos comandaban Rapidillo y Jorge Enrique, dos jesuitas de los que guardo un recuer-

³ La presente conversación forma parte del proyecto «La juventud de los juvenólogos» (JuJu), que llevo a cabo junto con Maritza Urteaga, y que pretende reconstruir las historias de vida de algunos de los principales investigadores sobre juventud iberoamericanos, cuyos protagonistas coincidimos en 1998 en un encuentro seminal de Ixtapan de la Sal, México. Con la presente, hasta el momento se han publicado siete: cuatro en la revista española *Metamorfosis*: a Néstor García-Canclini, Jesús Martín-Barbero, Rossana Reguillo y José Antonio Pérez-Islas (García-Canclini & Urteaga, 2018; Martín-Barbero & Feixa, 2018; Reguillo *et al.*, 2019; Pérez-Islas & Urteaga, 2019); una a Carles Feixa en la revista internacional *Youth and Globalization* (Urteaga & Feixa, 2019); una a Sergio Balardini, que abre esta sección de la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* (Balardini & Feixa, 2020). Están pendientes otras tres entrevistas a Ernesto Rodríguez, José Manuel Valenzuela y Maritza Urteaga. El objetivo final es poder reunirlos en un libro.

do, tengo grabados sus rostros y su risa. Llevo conmigo un vivo recuerdo de ese momento.

Hicimos trabajo en sectores rurales, en un municipio de nombre Fómez, situado al oriente de Cundinamarca, el departamento cuya capital es Bogotá. Se llegaba saliendo por atrás de Monserrate, la montaña con una iglesia en la cima que se vino a convertir en la imagen emblemática de la ciudad. Íbamos durante las vacaciones (semana santa, mitad de año, diciembre), realizando un trabajo muy político. Por supuesto los asuntos religiosos estaban metidos, pero los jesuitas son rigurosos, una condición que resultó importante en mi formación. La actividad con los campesinos —no importa lo que hubiéramos hecho—, debíamos recogerla en diarios de campo. Tengo en mi memoria los debates sobre cómo hacerlos, su significado y la objetividad que debía guardarse en su registro. Fue mi primera formación como etnógrafo, una de las principales herramientas de mi trabajo hasta hoy. Recuerdo las muchas vueltas que se le daba al tema de la objetividad (no hablar de casa pobre, sino describir por qué era pobre), pero también la exigencia en desarrollar una fina sensibilidad a fin de percibir la realidad profunda del mundo agrario. Fue mi primer contacto con lo rural y me marcó para siempre. En el momento me ocupó del mundo campesino en los años sesenta del siglo XX.

Sin embargo, cuando ingresé a *Campamento Misión* venía con un proceso de formación previa. Inicié el trabajo político muy temprano, a los 14 años, arrastrado por un compañero de estudio de un hermano mayor, en ese momento en trance de volverse *filosofadores*. Aunque aquí me siento forzado a abrir un paréntesis antes de continuar con la historia del partido político. Mi hermano Mauricio, mayor cuatro años, tuvo una verdadera influencia sobre mi espíritu. Desde bien temprano me encauzó en la literatura; me hablaba de autores y su obra que terminé leyendo con enorme pasión juvenil. Por esos años el Círculo de Lectores tuvo gran impacto en Bogotá; era una editorial que tenía la política de llevar los libros directamente a las casas. Tengo en la memoria los catálogos y la imagen de mi hermano escogiendo los libros que se comprarían cada mes. En una oportunidad por aquellos años Mauricio decidió irse de la casa a recorrer el mundo; se fue con un horroroso maletín rojo que atiborró de libros que había desempastado para que cupiera la mayor cantidad posible. Con esa muy intelectual pero poco rentable dotación no podía durar mucho tiempo en su empresa, como en efecto sucedió. Lloré cuando leí su carta de despedida y más lo hice cuando descubrí el botín que llevaba consigo: encontré tiradas las pastas de los libros. ¡Se lle-

vaba los mejores el bendito! Fue todo un símbolo del lugar que cumpliría el libro en mi vida, mi hermano me lo enseñó. Hoy día Mauricio es todo un poeta.

Pues bien, de regreso a la historia en que venía, el compañero filósofo de Mauricio me echó el guante arrastrándome a la militancia en el partido político Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario, el Moir, una organización que todavía existe igual de «moirosa». ¡Qué extraordinaria inercia arrastra a los partidos! Obviamente era un trabajo por completo distinto a *Campamento Misión*; lo hacíamos en un barrio popular de nombre El Restrepo, liberado de toda connotación religiosa y, por el contrario, dirigido por ateos militantes. La acción política se ordenaba alrededor de los problemas que situaba la coyuntura; me veo hecho un «peladito» golpeando de casa en casa, acompañado de mis «camaradas» interpellando la gente. Rememoro algunos temas. Primero los digeríamos en la reflexión interna de la célula y luego los convertíamos en contenidos que volcábamos sobre el barrio. La del petróleo fue una, un asunto decisivo en los años setenta. Organizábamos movilizaciones luego de hablar sobre lo que sucedía, cómo nos afectaba y de qué modo trastocaba la ciudad y el barrio. Esa labor en los barrios, incluyendo la construcción de discursos y su puesta en circulación pública, marcará de manera indeleble mi vida hasta el día de hoy.

Jamás olvido a Guillermo Pérez, mi mentor en esas lides políticas del Moir. Se enamoró de mi hermana, pero ella nunca le puso cuidado. «Le echó el cuento» varias veces, como decíamos en ese tiempo, pero nada. El querido Guillermo padecía la enfermedad gravosa del exceso de trascendencia, la misma que me aqueja a mí y que solo con los años he podido moderar. De seguro por eso me enroló en esas lides políticas siendo yo tan joven.

(C. F.): ¿De qué tipo era la organización política?

(C. P.): Era maoísta; no faltaba que habláramos de la política del «descalse», como se llamaba al compromiso político a ultranza: irse a vivir en medio de los sectores rurales, metiéndose de todo a todo en su vida y sus rigores. Es la época de una gran movilización agraria en Colombia; son los años de oro de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC). El Moir hacía parte de la línea ML (la marxista leninista), decisiva por esos años en Latinoamérica. Trabajé algo más de un año con el partido; un largo tiempo para esa edad. Con el paso de los días no me resultaba fácil. Participaba en la célula, en sus reuniones y los procesos de formación política, además del trabajo directo en el barrio, bastante lejos de la casa. Estudiaba de tiempo completo bajo la férula jesuítica y vivía con mi familia. Una noche en que regresé por enésima vez

tarde a la casa me aguardaba una circunspecta conferencia familiar: estaban preocupados por mi exceso, repitiendo que pese a entender mi entrega política tampoco veían justo que «le entregara mi juventud a la causa». Era muy joven y mis camaradas bastante mayores. La frase de mi familia recordando mi condición juvenil (que en mi interior combatí con todo el compromiso político que tenía en ese momento) terminó por imponerse: me enamoré, dando por clausurada esa fase de mi trayectoria política. Noviazgo mató militancia.

Mi padre desapareció rápido de nuestras vidas; se fue de la casa cuando apenas tenía tres años. Crecí con ese hueco en el alma. Lo terminé de procesar no más hasta cuando me convertí en padre. Por el contrario, tuve una relación siempre cercana con mi madre, fallecida hace varios años. En realidad sucede que los padres emprenden su viaje sin retorno y la relación con cada uno continúa; su viaje te conecta al más allá. Con mi madre mantengo una conversación; puedo verla y presentirla ya descargado de todo apego. En cualquier momento nos merodeamos, yo la invoco o ella aparece. Venía de una familia conservadora de origen antioqueño, una región con una sostenida historia de «godarrismo» extremo. Soy Restrepo Jaramillo, dos apellidos de la entraña de esa región. Mi abuela materna, un ser extraordinario, vivió con nosotros cuando estábamos pequeños. Nació en el siglo XIX y, como toda familia paisa que se respete, tuvo la módica suma de 21 hijos. No eran del campo; mi abuelo era abogado. Pero con esa tumultuosa prole las cosas no les fueron nada fáciles. Las familias gigantes fueron una respuesta a la demanda de mano de obra en las fincas, pero en la ciudad las cosas se cocinaban a otro precio. Mi mamá fue la última, la número 21, una mujer sensible e inteligente.

Mi abuela era católica hasta los tuétanos (también como paisa que se respete); mientras vivió con nosotros se rezaba cada noche una decena (una parte del rosario). Pero era pintora, una rara condición en una mujer de su época. Fue la pintora oficial de varias actividades de la iglesia en Bogotá; pintaba las estolas y los ornamentos de los curas. Fue la primera mujer con quien mantuve una conversación sostenida, como me seguiría sucediendo el resto de la existencia; armo vínculo y conversación con las mujeres con enorme facilidad. Con mi abuela pasaba largos ratos, hasta que más o menos se cansaba y me echaba. El primer libro completo se lo leí en voz alta a ella, *Fabiola*, del cardenal Wiseman, un libro sobre la época de la persecución a los cristianos en el momento en que Roma está convirtiéndose al cristianismo. Tenía ocho años. Aún tengo imágenes vivas de esa lectura, de las anécdotas del relato (narraba la

vida en las catatumbas), pero también de mi abuela emocionada. Me enseñó a pintar al óleo, una dedicación que he retomado ahora de hombre adulto. Mi madre igual cultivaba las artes, por eso nací y crecí en un ambiente cercano a los libros y la pintura. Esa impronta es clave para entender mis orígenes y mi trayectoria cultural. El catolicismo lo abandoné bien pronto, pero la actitud básica que le subyace me dejó la pasión por las causas y la búsqueda incesante de la espiritualidad. No me abandona hasta hoy; todo lo contrario, hoy más que nunca me compromete la búsqueda política como una búsqueda espiritual.

Claro, era preciso abandonar el *religiosismo*. Hay un momento de mi vida que recuerdo con especial afecto: la época en que voy abandonando el mundo católico para comenzar a abrazar el marxismo y la política. Lo que me llevó de las historias de mi abuela hasta las militancias políticas fue una transformación que sembró un sentimiento que actuó a modo de poderoso testimonio interior. Fue una fuerza viva capaz de empujarme a emprender cientos de búsquedas; fue la condena que me entrampó en las redes envolventes de la trascendencia y la rigidez. Frisaba los 12 o 13 años y eran los comienzos de los años setenta. Hoy en día poseo una biblioteca grande; en este oficio de la docencia y la investigación es imposible no llenarse de libros. En medio de la «libramenta» y la incesante «movera» de una casa a otra —que han sido muchas—, tengo dos libros que siempre permanecen expuestos cada vez que vuelvo y organizo la biblioteca. A los 12 años compré *Fabiola* del Cardenal Wisemann en honor a mi abuela y al primer libro completo leído; lo adquirí con mi propia plata, el primer libro que compré. El otro es uno de portada dramática, *Historia de Cristo* de Giovanni Papini, un ateo que se convierte al cristianismo, el camino opuesto al que yo estaba haciendo. Es bastante críptico y de lenguaje rimbombante, pero me rememora la atmósfera de la mutación profunda por la que pasé en esos años.

(C. F.): Ese tránsito que realizas, ¿es el tránsito de una generación?

(C. P.): Sí, es el trayecto de una generación. Mi país ingresó de manera definitiva a la modernidad justo en la década de los sesenta, los años en que nací. Colombia tiene una enorme particularidad en el concierto latinoamericano, la de ser el único país que no logró superar la violencia. Todas las naciones del continente vivieron pavorosas guerras durante el siglo XIX, la construcción del Estado y la sociedad tras la independencia de España fueron hartamente tortuosas. Mas en el siglo XX no pasó otro tanto; la guerra desapareció salvo en Centroamérica, donde hubo desangres civiles, pero que fueron superados luego de dos o tres décadas. De modo distinto, la única excepción la

hace Colombia, la nación latinoamericana que arrastra consigo la amarga condena de 70 años de violencia y guerra sostenida, una condición que ni siquiera hoy logra superar. La cultura política del bipartidismo, la raíz histórica que aguarda detrás de nuestra virulencia política y nuestro dramatismo cultural, se impuso con toda su fuerza hasta los años cincuenta del siglo pasado. Su anacrónica capacidad de resistencia desembocó en la llamada violencia de mediados del siglo XX, una frenética movilización rural que llevó a los campesinos a matarse por la razón elemental de ser unos liberales y otros conservadores. Esa muerte sin cuento está detrás de nuestras violencias contemporáneas. Entre una y otra violencia, los años sesentas son una especie de bisagra. Fue una década luminosa en el mundo entero, como también lo fue en mi país, pese al nuevo tránsito hacia la violencia que se cuece por esos años. Son tiempos de cambios profundos en todos los órdenes de la vida, en lo familiar y educativo, en las circulaciones discursivas y la política, en la cultura y la convivencia. Salimos del religiosismo y la miopía excluyente de la lucha partidaria, para desembocar en nuevas contiendas que, por desgracia, no hemos podido tramitar sin violencia. Mi mutación personal expresaba un tránsito de generación. Eso quedó ahí, muy fuerte. Ahora de adulto sigo arreglando las cargas entre la espiritualidad y la política.

Crecí con Radio 15

(C. F.): ¿Te gustaba la música? ¿Te movías entre esas fuerzas, la religión y la política?

(C. P.): En la casa se escuchaba música clásica. Mi mamá la oía de vez en cuando, pero por alguna sensibilidad quedé conectado a ella. Años después fui un seguidor ferviente de esa música elaborada y melódica. En Bogotá hubo una marca generacional importante, hacia comienzos de los años setentas (yo de 10 u 11 años) apareció una emisora de nombre Radio 15. Tenía tres hermanos mayores; era el cuarto de la casa y tras de mí venía un hermano menor. El mayor, Ricardo, me llevaba cinco años y a esa edad una diferencia considerable. Crecimos en un barrio de mucha actividad colectiva, los Alcázares se llamaba. Mis hermanos se movían mucho, tenían bastantes amigos, de modo que entre las adquisiciones barriales aparecieron un día con la afición a esa emisora cuya programación era solo rock. Crecí con Radio 15. El primero que se levantaba prendía cual autómatas el radio, uno con un dial que se movía por un botón enorme. Sonaba todo el día una programación exquisita, así que crecí de la mano de una producción musical maravillosa. Era un momento en que la política y la cultura no tenían las mejores migas, de manera que esas aficiones rockeras sonaban a veleidades

«pequebú» (pequeño burguesas) típicas de clasemedieros; pero poco importa. Cuando ingresé a las militancias políticas ya llevaba bien adentro el impulso rockero; nada qué hacer. Por las aficiones musicales y por una que otra cosa más yo solía ser acusado de «pequebú» irredento.

(C. F.): ¿Y la música colombiana?

(C. P.): No, no hizo parte de mis aficiones. En el colegio hacían el intento de meternosla hasta por los ojos, porque los curas pensaban que debían promover esa insignia de patria. Pero no, en esos años sonaban Camilo Sexto, Joan Manuel Serrat, un poco más tarde Pablo Milanés y, entre la izquierda, Mercedes Sosa y los grupos de música andina. Hay un momento que en Colombia surgen Los Flippers y Génesis, dos grupos que tuvieron una cierta presencia. Génesis trató de seguir los pasos del grupo Génesis de Inglaterra, una gran producción musical que escucho todavía. Luego me crucé con King Crimson, todavía muy importante. Mi primer hijo nació en agua y como parte del proceso se escogía una pieza musical que acompañara ese momento vibrante. Seleccionamos *Islands* de King Crimson, incluyendo la obertura. Al día de hoy la música se ha diversificado mucho, pero entonces ahora las aficiones se ramifican en multitud de direcciones.

(C. F.): Y los movimientos juveniles, ¿te identificabas con ellos?

En Bogotá, cuando era joven, las cosas no tenían el marbete de juventud que tienen ahora. Antes que jóvenes se hablaba del rock o del hipismo, algo que hoy leemos como movimiento juvenil. Pero en esos años no había un movimiento con el cual identificarse en cuanto tal, eso es más tardío. Siempre he estado enfrascado en la tarea de mover cosas que toquen el mundo; eso se vino a convertir en un pliegue hondo del alma. Las causas cuando fui joven eran políticas, era la sociedad en su conjunto la que estaba en cuestión, no una edad o una condición particular. Ese es un giro posterior.

Todos tenemos citas con la muerte

(C. F.): ¿Llegas a la universidad y...?

(C. P.): Llego a finales de los setenta; me gradué del colegio en 1977. Pese a que entré a los Andes, una universidad de élite, me encontré con el M-19. En el colegio hubo un profesor que me marcó con fuerza —se llamaba Mario Salazar—, dictaba arte y estaba siempre lleno de iniciativas. Nos puso en contacto con un arte pictórico y escultórico que en esos años tenía enorme presencia en Colombia: es la época de

Manzur, Roda, Obregón. Nos llevaba a exposiciones y más de un cuadro podía ser objeto de largas conversaciones, cosa que me deleitaba sobremanera dada la vieja influencia que traía con la pintura. Hacia quinto de bachillerato, siguiendo la huella de mi hermano, estaba decidido a abrazar la filosofía. Mas este profesor Mario era un psicólogo que salpicó las clases con toda suerte de alusiones al psicoanálisis y las interpretaciones de los sueños. Me fui viendo embelesado en esas exploraciones del alma que finalmente terciaron mi destino y terminé graduado de psicólogo en la Universidad de los Andes.

Tengo un recuerdo un tanto tortuoso de ese momento, no solo porque la condición elitista de esa universidad no me permitía encajar con comodidad, sino además porque tenía inoculado el virus de la voracidad, así que pretendía tragarme el mundo entero de un solo bocado. Empecé al tiempo a estudiar biología, en un momento arrasado por la neurología y las ciencias exactas, llegando a completar casi la mitad de la carrera. Con todo, al final retorné al impulso original; durante los últimos semestres emprendí un estudio de la filosofía que me llevó a elaborar la tesis de psicólogo a partir de la Escuela de Frankfurt, en ese momento en boga. Por supuesto, como podrás imaginar, casi no me gradúo. Para comenzar, por la extrañeza del tema en la facultad; era una tesis teórica de difícil recibo; pero además porque la primera versión tenía todas las trazas de mi virus recalcitrante: pretendía resolver los grandes desafíos de la psicología en 180 páginas. Tocó trabajarle mucho y las repetidas reelaboraciones se transformaron en una verdadera escuela de la escritura y el pensamiento. La universidad es de por sí una época deliciosa, ya eres adulto y tomas tus decisiones, pero todavía no tienes ninguna responsabilidad definitiva. Yo me la enredé, quizás más de lo necesario. Es un rasgo profundo de mi ser; solo con el paso del tiempo lo he ido domando. Pero en aquel entonces emprendí varios estudios al tiempo, me salí de la casa a vivir solo —todo lo cual suponía el tiempo en producir dinero—, amén de la militancia en el M-19. Hoy no logro visualizar con claridad cómo sobreviví a ese exceso; viviendo solo terminé un día tirado en una cama enfermo y mis amigos médicos me inyectaban vitaminas.

(C. F.): En la rama política, ¿el M-19 era una guerrilla?

(C. P.): El M-19 se definió en su fase inicial como una organización político-militar, así que el componente de la guerra le definía. Yo pertenecía a una columna de inteligencia; caí ahí por un viejo amigo —él sí novio de mi hermana—, que a la sazón era profesor del departamento de Psicología. Desde cuando estaba en el colegio construí

mos un vínculo de comunicación y afecto, y mi ingreso a estudiar psicología por supuesto lo afianzó. Nos hicimos amigos entrañables; fue mi superior en el M-19, como se le decía. La mejor parte del trabajo político de esa época pasó por una rica experiencia que emprendimos desde la psicología social. Pusimos en marcha un proyecto en barrios al sur extremo de Bogotá —en Usme— configurando un equipo que en un momento arrastró hasta psicólogas perfumadas. El equipo era elegantísimo y «bonitísimo». Pensábamos esa intervención en términos políticos y nos amparaba el emperifollado nombre del Departamento de Psicología de la Universidad de Los Andes.

Con todo, acabé por separarme del M-19 en medio de una situación compleja: nunca pude con las armas; pese a ser un hombre joven de 21 años me resultaba imposible ese asunto de la milicia. En el «M» había todo un discurso sobre el proyecto armado, el cual se le argumentaba con vehemencia; dado el carácter humanista de la gente con quien andaba, se afirmaba que a nadie le gustaban las armas pero que, por desgracia, eran el único camino factible para transformar un país destrozado e injusto. Yo enmudecía; me era imposible objetar un argumento del todo razonable —para la época—, pese a que una parte profunda de mí no cabía en esa lógica.

(C. F.): ¿Se cuestionaba la lucha armada?

(C. P.): No, no se cuestionaba. El «M» puso en tela de juicio una multitud de creencias de la izquierda de ese entonces, por ejemplo, el concebir la lucha política como una búsqueda de la democracia (no como un mero ardid burgués por desechar del todo). Sus creencias remozadas, el uso fresco de los símbolos políticos y sus métodos espectaculares (como el robo de la espada de Simón Bolívar), le granjearon una extendida simpatía entre la opinión pública. Pero despuntando la década de los ochenta la lucha armada estaba en pleno auge en el país; por esos días las Farc, el ELN y el EPL (tres organizaciones guerrilleras) sumaban ya década y media de existencia, amén de otro manojo de organizaciones armadas más. La contradicción a la que me enfrentaba estaba cargada de complejidad, mientras me la pasaba en los barrios movilizandole a la sociedad el movimiento me exigía militancia armada. El dilema marcó mi vida de todo a todo. Por esos años Cuba hacía entrenamiento militar a miembros del M-19. Era cierto, pocos años atrás Colombia había roto relaciones diplomáticas por ese motivo, una determinación de Estado que provocó gran polémica. La estructura de funcionamiento del M-19 se regía por la llamada «compartimentación», una palabra muy colombiana que significa que no conoces a todos los miembros de la estructura a la que perteneces; se hacían reuniones, pero con el rostro cubierto porque todos llevá-

bamos puesta una capucha. Las personas de la dirección podían conocer la estructura hacia abajo, pero no al contrario. Fue la forma de funcionamiento que se adoptó por razones de seguridad; el país acababa de pasar por uno de los períodos de represión más brutales. Hablamos del famoso Estatuto de seguridad del presidente Turbay. El exceso de esa política estatal derivó en huella de la memoria colectiva, toda lectura histórica de esos años no puede dejar de referir a ese torpe presidente y sus sórdidas torturas.

En ese contexto, la persona que dirigía la célula fue enviada a entrenamiento a Cuba y regresó después de un año señalándome como el sucesor en el siguiente entrenamiento militar. Naturalmente lo hizo como un gesto de reconocimiento. Todavía llevo grabado en el vientre la ansiedad que me provocó esa situación: un hombre joven comprometido políticamente hasta la médula, pero aplastado por la imposibilidad de irse a la guerra. Pudo más la dificultad, así que no fui al entrenamiento militar, no podía hacerlo. Me amparaba en la «excusa» del trabajo político en los barrios; ahí estaba mi energía y mi posibilidad —les decía cada vez que aparecía el tema—. El debate se encontró, me repitieron hasta el hartazgo el argumento de la necesidad imperiosa de las armas. Para ese momento el presidente Belisario Betancur había puesto en marcha un proceso de paz basado en el diálogo con las guerrillas; el M-19 se acogió a las negociaciones rompiendo la compartimentación y entrando en una actividad abierta y pública. Empero, a pesar del diálogo en proceso, no se dejó de insistir en el entrenamiento militar en el extranjero. Fue una de las caras distintivas de ese proceso de paz: los grupos insurgentes entraron en la negociación propuesta desde el Estado, pero sin abandonar en ningún momento la consolidación de sus aparatos de guerra.

Finalmente me quedé en el país. El grupo que partió a ese entrenamiento regresó a Colombia un tiempo después, lo hizo en un barco repleto de armas que fue detectado por el ejército. Todos sus tripulantes debieron bajarse en una de las tantas zonas selváticas de Colombia —una de las peores en la frontera sur—. Perseguidos, tuvieron que pasar a Ecuador huyendo de un cerco; probablemente alguien había denunciado el arribo de la embarcación con armas. Mataron a casi todos; se salvaron nada más unos pocos. Todos tenemos citas con la muerte, tantas veces sin darnos cuenta. En un país como Colombia esas citas se multiplican. Fue un dilema por fortuna resuelto como se hizo. No únicamente porque de seguro hubiera sido dado de baja por el ejército, he permanecido vivo haciendo uso del regalo a seguir en este mundo haciendo cosas; lo es porque tomé una decisión de vida: quedó establecido con entera firmeza que mi universo no es lo militar, jamás dispararía un arma. Es una determinación que

tienes que tomar en un país en guerra, lo tienes que hacer, con mayor razón cuando estás metido en política.

Tres vidas profesionales

(C. P.): He tenido tres vidas profesionales: primero como activista barrial, luego como académico puro y después como trabajador de la paz. Me pregunto si ahora en la adultez no emprenderé un cuarto y final momento de mi trasiego por este mundo. Hacia allá camino, no cabe duda.

Mi primer trabajo profesional con todas las de la ley fue en Medellín; me gané un concurso en una organización que en ese entonces se llamaba Acaipa⁴ (hoy se llama Conciudadanía). Era el año 1983, tenía 23 años. Medellín representó un abanico grande de cosas: allí emprendí mi primera experiencia laboral formal. Aunque vivía fuera de la casa, hacía algunos años salí de Bogotá a hacer mundo en otra ciudad y, no menos importante, arranqué mi primera vida de pareja. Llegando a Medellín arreglé mi vida con Julieta Ángel (la Maguza como le dije siempre), la mujer que me acompañó seis años en ese momento tan vital de la década de los veinte, ese momento en que de tantos modos se proyecta el destino que se seguirá de ahí en adelante. Maguza es un ser de mi corazón.

(C. F.): ¿En Medellín trabajaste como psicólogo?

(C. P.): Ingresé a Acaipa debido a la trayectoria que traía en los barrios, desde la temprana militancia en el Moir hasta el proyecto en Usme con la universidad. Por ese entonces caminaba en el país la búsqueda de alternativas para la atención de los niños y las niñas menores, dado que el modelo de la educación formal desde los jardines del Estado mostraba toda clase de limitaciones. Las alternativas ponían en la participación organizada de las comunidades uno de sus ejes primordiales, de tal suerte que entré a formar parte de un movimiento que venía empujando esquemas renovados en la atención de la población infantil. Estuve un año en Acaipa, luego entré a dirigir un proyecto nacional con Unicef. Los viajes por todo el país me alimentaron al extremo, me dieron una visión de país. En ese proyecto que conectaba la educación con la movilización social hicieron su primera aparición las mujeres y los hombres jóvenes. Por ese tiempo el tema se estaba situando en las agendas públicas; la juventud se iba constituyendo en un sector de importancia estratégica en el movimiento de las sociedades

⁴ Asociación de Centros de Atención Integral al Preescolar de Antioquia.

locales. El año 1985 se proclamó como el Año Internacional de la Juventud, invistiendo la preocupación por lo joven con todas las formalidades del caso.

No hay que olvidar que hacia mediados de los ochenta Medellín ya es santuario de Pablo Escobar; su presencia demencial marcó de modo indeleble el destino venidero de la ciudad. Yo tenía amigos en Envigado (el sitio donde armó su imperio), de modo que desde mi llegada comencé a escuchar toda clase de historias sobre su poder y sus excesos. Mientras Escobar llegaba a sus fincas en avión privado acompañado de la planta completa de los Estados locales, comenzaron a proliferar las violencias en los barrios populares, violencias agenciadas por esas organizaciones locales de jóvenes que derivaron en los famosos «combos». Desde esa condición el tema de lo joven se conectó a una de las grandes inquietudes de mi trabajo de toda la vida: la muerte violenta y su impacto sobre la formación del Estado y la sociedad. Es el dilema neurálgico de Colombia; nuestra larga y penosa guerra le confiere su importancia. Por desgracia, la muerte violenta y la proliferación de actores mafiosos en armas se vino a convertir en un tema decisivo regado por toda Latinoamérica, no en vano hoy somos el continente más violento del planeta.

La violencia y el sicariato

(C. P.): Justo en el momento en que la crisis en Medellín hizo su explosión, fui trasladado a Bogotá a coordinar el proyecto de Unicef a nivel nacional.

(C. F.): ¿De investigación o de intervención?

(C. P.): En ese momento era básicamente de intervención, sin que en ningún momento de esta trayectoria haya perdido mi interés por la academia y la investigación. De esa época tengo varios escritos, son los primeros. Hicimos unas cartillas de evaluación ya influenciado por el pensamiento de Gramsci, un pensador que ha sido compañero fiel de más de una andanza. Las cartillas fueron motivo de conflicto; el grupo con el que las trazamos era objeto de acusaciones por sus «reconocidas» tendencias comunistas. Era un hombre joven y fogoso, así que no me cuidaba mucho de no volcar sobre un trabajo institucional mis pasiones y afectos. La cartilla estaba presidida por una frase de Gramsci, algo relativo a su enunciado de que todo el mundo es filósofo. Naturalmente, la tensión tenía tal calentura que después de pensarlo detenidamente se decidió pasar el nombre de Anthony Ics marg (Gramsci al revés). La transgresión nos dio para reírnos de la funcionaria jefe, una mujer engreída con ínfulas de

intelectual. «¿No conoces a Ics marg, un importante epistemólogo finlandés?», le preguntábamos mirando su cara seria contestando que algo por ahí había leído.

(C. F.): ¿Y el fenómeno de los sicarios?

(C. P.): La primera aparición pública del sicario se produjo en mayo del 84, cuando el narcotráfico mandó a asesinar al ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla en una calle de Bogotá. El carro en que se desplazaba fue alcanzado por una moto; el parrillero, de nombre Bayron, le disparó a quemarropa dándose a la fuga. Unas cuerdas después los escoltas le alcanzaron. El suceso configuró la imagen paradigmática del sicario: un hombre joven asesinando a sueldo un personaje de la vida pública en unas condiciones donde no es posible la menor escapatoria. La escena derivó en metáfora de la vida colectiva de Colombia de ese entonces en adelante: la política que se degrada mediada por la paga a un joven que ofrenda su vida por dinero. La misma tensión que recoge el memorable libro de Alonso Salazar (1992) en el título *No nacimos pa'semilla*.

(C. F.): ¿Sale en algunas de las películas que se hicieron *a posteriori* como *Rodrigo D*?

(C. P.): *Rodrigo D, no futuro*, el título completo que expresa la misma tensión, la de una juventud desprovista de futuro y sentido en un país de la violencia y la política extraviada. La película pone en escena la honda crisis que cruzaba Medellín y a través suyo el país en su conjunto. El psicópata de Pablo Escobar tenía clara conciencia de la política; junto a las donaciones de casas y canchas deportivas, se dedicó a construir un ejército de sicarios con jóvenes reclutados en los barrios populares. La guerra estalló, la plata circuló a raudales y los muchachos se entregaron a la empresa de capturar algo de ese dinero, comenzando por echarse un arma al cinto. En esa violencia insensata murió una generación completa de los jóvenes populares de Medellín.

Durante la segunda mitad de la década de los años ochenta Colombia pasó por una de las peores crisis de su historia, siendo quizás la época más ruinososa del último medio siglo. Las negociaciones con la guerrilla se habían cancelado, dando pie a su fortalecimiento militar, los paramilitares cruzaban por un momento de consolidación geopolítica, mientras se desataba la cruenta guerra entre el Estado y el cartel de Medellín. La violencia alcanzó su mayor escalamiento. Para que tengas una idea de la gravedad del momento van dos anécdotas. La primera, pasamos por el asesinato de tres candidatos a la presidencia. En agosto del 89 Pablo Escobar mandó a matar al candidato oficial del liberalismo, Luis Carlos Galán; luego los paramilitares asesina-

ron, primero a Bernardo Jaramillo, de la Unión Patriótica, y después a Carlos Pizarro, el candidato del M-19. La segunda anécdota, diversas fuerzas venían elaborando una reforma constitucional como remedio a la crisis; la mafia intervino pagando la introducción de la prohibición de la extradición (el tema que había disparado la guerra con los narcos), dando al traste con la iniciativa. Las dos anécdotas testimonian la postración del país, la crisis sin fondo de la democracia, la erosión sin límites de la ley y la juridicidad. Frente a ese contexto surge el movimiento juvenil de la «Séptima papeleta», un nombre que alude a la introducción de una opción adicional en las votaciones a fin de aprobar la asamblea nacional que dio origen a una nueva Constitución. El gobierno de los noventa, en cuyo desarrollo se firma la Constitución de 1991, pone en marcha las Consejerías Presidenciales, una de ellas sobre jóvenes. El sicariato, la guerra y el narco-tráfico lo hacen tema de trascendencia. Yo participé en la creación de las Consejerías.

No he sido juvenólogo

(C. F.): ¿Estudiaste historia?

(C. P.): Sí, ese estudio dio paso a mi segunda vida profesional. El puente lo armaron las memorias de barrio que emprendí por ese entonces, una tarea que me puso frente a la historia y la necesidad de estudiarla con rigor. Por ese camino llegué a la investigación y la escritura, dos artes de las que me ocuparé hasta cuando la lucidez me dé licencia para hacerlo. Ingresé a la Universidad Nacional, al IEPRI como conté al principio, ganando las condiciones que permitirían volver oficio la búsqueda de respuestas a los dramas de Colombia y, años después, de Latinoamérica. Es el año 1995 cuando me convoca Gonzalo Sánchez a las reuniones por ese entonces conocidas con el nombre de «Gólgotas» (debates en que se «crucificaba» a quien presentaba un trabajo), aunque la conexión con el Instituto data de tres años atrás; en 1992 emprendí en conexión con el IEPRI la investigación que dio origen a mi primer libro, *Porque la sangre es espíritu* (Perea, 1996).

Lo escribí en el momento en que el buen destino puso en mi camino a la mujer de mi vida, Mónica Tobón («mi Mony amada» según reza la dedicatoria del libro), el ser con el que nos hemos acompañado con complicidad amorosa a lo largo de una vida entera. Después de una convivencia de 21 años nos separamos cuatro años, un largo tiempo al cabo del cual nos reencontramos volviendo a componer una vida familiar que me colma de encantos y satisfacciones.

Terminé el manuscrito completo del libro cuando nuestro primer hijo Tomás iba a cumplir un año; recuerdo el día en que le puse el punto final. Como mi estudio quedaba abajo subí corriendo, lo llevé al baño y lo puse al lado mientras me rasuraba el bigote que había cargado durante quince años. Un símbolo de cambio radical. Tomy apenas me contemplaba desde esa mirada infantil mezcla de sorpresa y desentendimiento.

La preocupación académica por lo joven vino después. Tengo un libro donde la palabra jóvenes aparece en el subtítulo: *¿Qué nos une?: jóvenes, cultura y ciudadanía* (2008). Pero quizás el libro que puede ser catalogado como una indagación centrada en jóvenes es *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*, una investigación sobre esos grupos del conflicto urbano que son las pandillas (Perea, 2007). En realidad, no he sido juvenólogo, no me he dedicado a estudiar identidades pensadas como procesos en sí mismos juveniles. Por el contrario, creo que hay que ser cautos con la juvenología que mira desde y hacia los jóvenes mismos, descontextualizados de los determinantes sociales y políticos más amplios en que se inscribe todo avatar de lo joven.

Las pandillas, para el caso, son un fenómeno de la urbe contemporánea; su presencia problemática y violenta da cuenta de la crisis que cruza la sociedad hoy. El libro parte de una enunciación: «la pandilla no es otro, es un extremo de nosotros», todo lo cual significa que frente a la pretensión de desmarcarse de la pandilla convirtiéndola en un fenómeno extraño situado por fuera de la sociedad, ella es todo lo contrario, un fenómeno que muestra como nada más las lógicas de la sociedad contemporánea. El movimiento *Dark* habla de la muerte y filosofa sobre ella, vistiéndose del modo más luctuoso y mortuorio posible; su comportamiento, con todo, no deja de resultar algo caricaturesco frente a los pandilleros, seres enfrentados en el día a día a la muerte efectiva que puede estar esperando a la vuelta de cualquier esquina. Es una existencia joven en el contexto de la ciudad y sus violencias; los pandilleros la asumen hasta sus últimas consecuencias poniendo al descubierto las gramáticas de la sociedad que terminó reglada por la tiranía del mercado. Es la apuesta de *Con el diablo adentro*.

(C. F.): ¿Es tu tesis doctoral?

(C. P.): Sí, es mi tesis doctoral; la hice bajo la dirección de Larissa Lomnitz, un ser muy importante en mi estadía en México.

(C. F.): Antes tienes el capítulo del libro colectivo *Viviendo a toda*, ¿no?

(C. P.): Claro, ese texto es sobre los raperos; junto a las pandillas son las presencias más potentes de las periferias urbanas de comienzos del siglo XXI; lo son en Colom-

bia. Otras agrupaciones existen, sin duda, como lo *Punk*, los *Rash* y otras de naturaleza parecida; pero el rap y la pandilla son las más visibles de los sectores populares.

(C. F.): En el año 98 nos conocimos en México. ¿Cómo llegaste ahí?

(C. P.): Una vez que escribes sobre algún tema no lo puedes abandonar jamás, se te queda pegado al cuerpo. Pese a que estaba dedicado a la historia, mi pasado en los barrios y los movimientos sociales me mantuvieron vinculado al rap y la pandilla. Estando en estas la Universidad Central organizó un evento en Bogotá (era el año 1997) donde llegaron invitados Rosana Reguillo y José Antonio Pérez. Ese evento produjo el libro *Viviendo a toda* que evocaste hace un rato. Llegué a Ixtapan de la Sal un poco de rebote. Por los mismos años estaba en funcionamiento un grupo dirigido por Jesús Martín-Barbero y Néstor García-Canclini; éramos mexicanos y colombianos convocados alrededor de la pregunta por la ciudadanía en nuestros países. Al grupo pertenecía Rosana Reguillo y ella fue quien hizo las gestiones para que yo llegara al evento donde nos conocimos. En el seminario del 97 en Bogotá le había entregado *Porque la sangre es espíritu*, como conté mi primer libro. Es una investigación en torno a la cultura política de mi país en los años cuarenta, una indagación de las tramas discursivas que presidieron la irrupción de la violencia de aquellos años. Rosana me contó que lo había usado en sus cursos, eso nos conectó. Años después me hizo el honor de escribir el prólogo del libro *¿Qué nos une?*, allí cuenta que se vinculó con mi trabajo a través de ese texto.

Trabajar por la paz

(C. P.): Terminando de ser director del IEPRI durante cinco años se cerró mi segunda vida profesional, por lo menos cedió la condición de entrega plena a la investigación. Había hecho una apuesta grande a la universidad y al Instituto; durante un tramo de la vida los convertí en motivo de energía y creatividad. Sin abandonar la investigación y mi papel de creador de palabra regresé entonces a mis viejos hábitos de la militancia, en esta oportunidad en nombre de la paz, esa aspiración que no deja de ser el nudo político y cultural de mi país. Frente a tantos años de una guerra que hoy no concluye, no puede ser de otro modo. Fueron muchos los frentes que se abrieron, entre otros la configuración del Consejo Nacional de Paz en el que anduve un tiempo. Los jóvenes, hombres y mujeres fueron por supuesto uno de los sectores sociales convocados en el Consejo. Socavar el estigma violento que les persigue ha sido una labor incesante, me he mantenido en ese propósito a lo largo de los años.

Lo joven es un eslabón que con facilidad aceita las histerias que pueblan la sociedad contemporánea: en el intento de despolitizar la sociedad —vale decir de socavar la acción colectiva—, el mercado ha echado mano del pánico a la inseguridad introduciendo un nuevo desciframiento de lo social, ya no desde lo político, sino desde las divisiones que introduce el imaginario de la vida amenazada por la inseguridad acechante: integrados y excluidos, amenazados y criminales. Lo joven cumple un papel capital en esa imaginaria; es un sujeto social que encaja con facilidad en el discurso de lo amenazante y peligroso. En mi país es aún más crítico, es otra secuela de los niveles de la violencia histórica de Colombia. La paz es un proyecto de transformación cultural, modificar ese lugar simbólico de lo joven es parte de sus cometidos.

(C. F.): ¿Cuál ha sido tu rol en estos proyectos de paz?

(C. P.): Desde varios lugares se trazó como consigna la construcción de dispositivos que volvieran viable la participación de la sociedad en la búsqueda y la construcción de la paz. Colombia es lugar de numerosos experimentos de paz; en 2022 se completarán cuatro décadas sostenidas en la creación de mecanismos que la hagan posible. Pero la sociedad colombiana está polarizada al extremo, la cruzan grandes antagonismos nacidos de la violencia y la guerra. Además, a finales de los noventa se abrió un proceso de paz en que la sociedad tuvo distintas formas de intervención: la paz del Caguán, que entregó un área a la jurisdicción de las Farc. El experimento fue un desastre, siendo el proceso más infructuoso del largo historial colombiano por la paz. De tal suerte, las polarizaciones y el revés del Caguán llevaron a la adopción del esquema de negociaciones por fuera del país (aquí en La Habana en el hotel donde tú y yo conversamos), con el enorme inconveniente de circunscribir el acuerdo a la conversación cerrada entre Estado e insurgencia, haciendo a un lado la participación de la sociedad. Como consecuencia, allá en Colombia teníamos el desafío de preparar la sociedad para la paz.

Es el drama colombiano. Pero no bien te mueves más allá de sus fronteras te topas con el desconsolado espectáculo de una Latinoamérica rota por uno y otro lado. Ahora me encuentro haciendo investigación en varios países, en México, donde viví cuatro años, pero también en Brasil y Centroamérica. He sacado varios trabajos al respecto (Perea, 2016 y 2017). El panorama es crítico en más de una nación; lo es en proporciones mayúsculas en Brasil y México, los dos países del Estado y la economía más fuertes de la región; pero igual en naciones pequeñas de Centroamérica y en países intermedios como Venezuela. El desafío de la paz no es solo de Colombia debido a

su conflicto endémico, es un reto latinoamericano que compromete por igual a la región que ostenta el triste título de la más violenta del planeta. Es otro proyecto donde están comprometidas mis búsquedas.

A la juvenología le hace falta reflexión teórica y contexto

(C. F.): ¿Qué horizontes teóricos influenciaron tu investigación sobre juventud a lo largo del recorrido que has narrado?

(C. P.): Se ha producido una vasta cantidad de textos sobre lo joven; he leído una gran cantidad de ellos. Latinoamérica ya tiene una considerable producción, la impronta mejicana ha sido fuerte. A la cabeza de esa influencia está Rossana Reguillo, una mujer lúcida. Está también el trabajo de José Antonio Pérez, el encargado de reunirnos para poner en escena el trabajo del continente. Tu trabajo es también esclarecedor, nos ayuda a mirar hacia Iberoamérica. Hay allí una discusión animada y llena de matices que traza más de un derrotero.⁵

No obstante, como dije hace un rato, me parece que a la juvenología como campo de saber le hace falta un tanto de reflexión teórica y mucho de contexto. No vemos que otros campos lean la juvenología en la búsqueda de interpretaciones que nutran sus investigaciones; lo joven como objeto no ha podido crear un arsenal de conocimiento capaz de impactar las ciencias sociales. Es un tanto endogámica. El núcleo de la dificultad, según puedo ver, tiene conexión con la ausencia de contexto. Para traer a colación uno de mis temas, los jóvenes no abominan desde ellos mismos la política, derivando de allí un supuesto papel de vanguardia en la construcción de la posmodernidad. De modo distinto, la relación conflictiva de los jóvenes con la política es tan solo el reflejo de una época donde la política ha perdido la función que cumplió hasta hace un tiempo, una pérdida que ha erosionado su capacidad de imaginar y movilizar la sociedad.

(C. F.): Y de tu libro *Con el diablo adentro*, ¿en que se basó la investigación? ¿Conseguiste articular este diálogo más allá de la juvenología?

(C. P.): La pregunta del libro, antes que formularse en términos de jóvenes, se enunció tras la significación de la pandilla en la sociedad contemporánea. Las influencias vienen de muchos lados. De la discusión con los reverses de la política

⁵ Véase Martín-Barbero y Feixa (2018); Reguillo *et al.* (2018); Pérez-Islas y Urteaga (2019).

neoliberal, en pleno auge en el momento de la investigación; de los conflictos urbanos en la sociedad global, la pandilla se leyó «como una manera de habitar la ciudad». El dilema del vínculo social se alimentó del trabajo de Larissa Lomnitz —con quien mantuve un rico y ameno diálogo—, así como de Touraine, Lipovetsky y Castells.

(C. F.): ¿Cómo fue el trabajo de campo?

(C. P.): Hoy veo mi reflexión de la vida entera anclada en dos vórtices, uno metodológico y otro de mirada. En cuanto al primero, el trabajo de campo en cuanto desde él se asigna lugar a las numerosas informaciones que por fuerza se acumulan en el proceso de investigar. La afirmación se hace extensiva a la investigación de archivo, la fuente primaria opera como pivote. En el caso de *Con el diablo adentro*, el trabajo de campo fue determinante a cual más. El universo de las pandillas es ilegal y conflictivo, no se abre así no más; además, el libro compara tres ciudades colombianas —Barranquilla, Neiva y Bogotá—. La labor de campo fue larga y sostenida; la elaboración de las entrevistas y los diarios de campo funcionó como eje de la interpretación.

El segundo anclaje de mi investigación reposa sobre la perspectiva simbólica y cultural. Todos mis trabajos pasan por ahí, arranca en *Porque la sangre es espíritu* y se prolonga hasta mi investigación actual. Por ejemplo, hallé en un pacto de no matar una de las razones que dan cuenta de la menor violencia en Bogotá, o en la «ley del no exceso» la explicación de las más reducidas violencias mexicanas a mediados de la primera década del 2000. En *Con el diablo adentro* hay una parte completa dedicada a los ensambles simbólicos que presiden el mundo pandillero: la noción de tiempo paralelo, corazón del libro, subraya la fractura con los órdenes simbólicos que reglan la vida corriente.

La única certeza que tengo en la vida es ser padre

(C. F.): ¿Y tus hijos? ¿La juventud de tus hijos ha influido en cómo ves la juventud colombiana? En estos días me contabas cómo se emancipan.

(C. P.): Mis hijos son mi orgullo de la vida. El segundo hijo, Martín (le decimos el Tin), nació en el último año del siglo pasado, en mayo del 99. Ese 31 de diciembre nos fuimos a pasar el magno acontecimiento del cambio de milenio en un monasterio cercano a Villa de Leyva, un lugar donde tenemos una casa. Como era de esperarse, nadie más tuvo la brillante idea de recluirse esa noche en un viejo monasterio; estuvimos solos, con la situación particular que hacia la media tarde se produjo el corte

de la energía eléctrica. Cuando cayó la noche todo respiraba penumbra y misterio, los corredores parecían socavones que a cada centímetro se perdían más y más en la oscuridad impenetrable. Era sobrecogedor. Bordeando las 12 de la noche, cuando llegaba el instante del cambio de milenio, sucedió lo inesperado: el monasterio fue invadido por espesas nubes de luciérnagas, ese animalito dotado del hechizo de expeler luz propia. Los corredores se vieron de repente iluminados dejando al descubierto hasta los muros que les cerraban al fondo. El gigantesco techo igualmente se encendió de brillos chispeantes que parecían niños emocionados agitando luces navideñas de bengala. Nunca había visto y nunca he vuelto a ver nada parecido. No pude evitar intuir el suceso como el anuncio de lo que portaba consigo mi segundo hijo, en ese momento de apenas siete meses: la luz y la magia.

Como te narré, nos separamos con Mony cuatro años, me partió el vientre. Pero la distancia fue por entero necesaria; tanto nuestros hijos como nosotros pasamos por una fractura radical que nos comprometió en un intenso procesamiento interior. Mony es psicóloga y yo de todos modos vengo de ahí mismo, poco importa que me asuma como psicólogo vergonzante. El recorrido por la psicología me dejó una postura vital frente a la interioridad. Pues bien, después de cuatro años nos volvimos a encontrar, Tomy regresó de un año de vivir solo. Ha sido maravilloso, regresamos renovados. Soy sin la menor duda un hombre de familia. Nos casamos, imagínate a estas alturas. No lo habíamos hecho, fue un rito conmovedor. El juez no pudo evitar lanzar comentarios sobre el muy largo tiempo que nos llevó tomar la decisión; los hacía mientras miraba con sorna a los hijos algo grandecitos, Tomy de 25 y Martín de 20.

La influencia de mis hijos sobre mi sensibilidad al mirar el mundo es decisiva y te lo voy a expresar con una anécdota. Hace un tiempo llegó el Tin (tendría unos 15 años), pidiendo muy sentido que le recomendara un libro. Le conté que estando un tanto más joven que él me había leído *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato, un texto que me marcó de forma impresionante. Jamás lo volví a leer, lo tengo por allá enclavado en una ensoñación juvenil que me ha acompañado toda la vida. Le conté que estaba subrayado, agregando «para que veas la intensidad de tu padre a los 14 años». Lo empezó a leer con empeño. A los pocos días me dijo un tanto desencantado «no sé pa, no sé», agregando ante mi cara de sorpresa, «deja lo sigo leyendo». A los tres días ya se dejó venir con la sentencia: «No pa, definitivamente no puedo leer más. La manera como el libro plantea las preguntas, no sé pa, me parece un poco ingenuo». ¡Qué tal! Quedé sin palabras, como se diría quedé anonadado. ¿Qué es lo que se urde entre

la mirada de un hombrecito de 14 años de 1974 y la mirada de un hombrecito de 15 años en 2016? Los niveles de información y la estructura del alma son en definitiva distintas. Mientras conversábamos tomé nota que sobre la mesa de noche Martín tenía el libro de Nietzsche *Así habló Zaratustra*. Mis hijos son muy filósofos, para su desgracia ambos padecen la urticaria incurable de la trascendentalidad. Fue el azote de su padre, todo indica que será el azote de la estirpe.

Tomy ha comido de mi biblioteca, es también historiador. Cuando tenía cinco años, como parte de una estrategia del jardín para promover la lectura, le pidieron a cada niño que escogiera un libro para llevar a leer en casa. Cuál sería mi sorpresa al ver que Tomy trajo nada más y nada menos que *Fabiola* del Cardenal Wiseman, el primer libro que recorrí completo leyéndolo en voz alta a mi abuela. ¡Cómo te parece!, otra vez el embrujo de la vida. No de modo gratuito Tomy leyó a los 14 años *El queso y los gusanos*, *La ética protestante*, *Los manuscritos de 1844*.⁶ El libro de *Con el diablo adentro* está dedicado a él «por enseñarme a paternar». Mi paternidad la he asumido con entera trascendentalidad; pobres mis hijos, quedaron «virusiados» desde bien chiquitos.

Ahora que están grandes tenemos un vínculo maravilloso, son el testimonio más elocuente de mi vida, de quien he sido y de cómo puedo asumir la vejez. En mi casa tenemos una sostenida conversación de la vida, es un valor muy consentido con ellos y mi mujer. De buen modo, Mony y yo nos volvemos a juntar por ese cemento sólido que nos ha dado esa capacidad de conversar la vida, la que se nos viene y la que se va. Ser padre y pareja es la lección más intensa de mi vida; la llevo tomando muchos años y espero seguirlo haciendo unos cuantos más. En medio de las tantas vueltas que he dado la única certeza que llevo conmigo es la de ser padre, y ahora que regresé con Mony, la de ser su compañero eterno. El vínculo entre esa mujer y yo está cocido por allá a uno de los tantos pliegues de la eternidad.

(C. F.): Creo que es un cierre perfecto, muchas gracias.

Agradecimientos

Este proyecto ha recibido financiación del European Research Council (ERC) en el marco del programa de Investigación e Innovación de la Unión Europea Horizon 2020, grant agreement No. 742 705.

⁶ Libros de Carlo Ginzburg, Max Weber y Karl Marx respectivamente.

Listado de referencias

- Feixa, C., & Balardini, S. (2020). De las Malvinas al Corralito: una conversación con Sergio Balardini. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 18(1), 11-25. <https://doi.org/10.11600/1692715x.18110>
- Feixa, C., & Urteaga, M. (2019). Does it exist an Iberoamerican «Youthology»? A conversation. *Youth and Globalization*, 1(2), 307-314. <https://doi.org/10.1163/25895745-00102006>
- García-Canclini, N., & Urteaga Castro-Pozo, M. (2017). La juventud en las ciencias sociales: delincuentes, consumidores, migrantes o actores alternativos. *Metamorfosis*, 6, 2-27.
- Martín-Barbero, J., & Feixa, C. (2018). Comunicación, juventud y memoria: «Todo lo que sabemos lo sabemos entre todos». *Metamorfosis*, 8, 2-28.
- Perea, C. M. (1996). *Porque la sangre es espíritu: imaginario y discurso político en Colombia. 1942-1949*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Colombia; Aguilar.
- Perea, C. M. (1998). Somos expresión, no subversión: juventud, identidades y esfera pública. En *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Departamento de Investigaciones de la Universidad Central; Siglo del Hombre.
- Perea, C. M. (2007). *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*. Siglo XXI.
- Perea, C. M. (2008). *¿Qué nos une?: jóvenes, cultura y ciudadanía*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Colombia; La Carreta Editores.
- Perea, C. M. (2009). *Cultura política y violencia en Colombia*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Colombia; La Carreta Editores.
- Perea, C. M. (2015). *Un extremo de nosotros: lo público y la paz en El Salvador y Nicaragua*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Perea, C. M. (2016a). *Vislumbrar la paz: poder y conflicto en la ciudad latinoamericana*. Random House Mondadori; Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Colombia.
- Perea, C. M. (2016b). *Limpieza social: una violencia mal nombrada*. Centro Nacional de Memoria Histórica; Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Colombia.

- Perea, C. M. (2018a). Ciudad violenta, ciudad relegada: el derecho de la ciudad a la paz. *Revista Foro*, 94.
- Perea, C. M. (2018b). Comprender la violencia, instaurar la paz. En *Economía, lenguaje, trabajo y sociedad*. Universidad Nacional de Colombia.
- Perea, C. M. (2019). Extreme violence without war and its social reproduction: Implications for building peace in Latin America. *Journal of Peacebuilding*, 7(3).
- Perea, C. M., & Jaramillo, A. M. (2014). *Ciudades en la encrucijada: violencia y poder criminal en Río de Janeiro, Medellín, Bogotá y Ciudad Juárez*. Corporación Región; Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales; Universidad Nacional de Colombia; International Development Research Centre.
- Pérez-Islas, J. A., & Urteaga Castro-Pozo, M. (2019). José Antonio Pérez-Islas y Maritza Urteaga conversan sobre juventud. *Metamorfosis*, 10, 2-27.
- Reguillo, R., Feixa, C., & Ballesté, E. (2018). Rossana Reguillo, Carles Feixa y Eduard Ballesté conversan sobre paisajes juveniles sumergidos, emergentes e insurrectos. *Metamorfosis*, 9, 2-26.